

meseta circundante, reservan la sorpresa de revelar de pronto, en uno de los rodeos de la ruta, el vasto e inolvidable panorama de Alhambra y su castillo. Figúrese el lector que, alineados con los dos grandes cerros que constituyen la *sierra*—cerros en forma de troncos de pirámide, como dos enormes muelas—, aparecen más allá, por el lado oriental, otras dos emergencias menos elevadas, como al resguardo o abrigo de las primeras, separadas por hondo valle, cada una de las cuales sirve de asiento al pueblo y al castillo, con lo que de seguro pensará, igual que quien esto escribe, que difícilmente puede encontrarse otro poblado como Alhambra, situado en altura semejante a la plaza de armas de una fortaleza, con el castillo atalaya a un lado y la sierra al otro; con un dilatado valle que lo circunda, aislándolo a manera de foso, para atravesar el cual sólo hay una entrada, por el lado meridional, hacia donde es preciso ir bordeando, no sin esfuerzo, si se quiere ascender al caserío. Para hallar paralelo con Alhambra hemos de trasladarnos, imaginativamente, a otros lugares famosos por nosotros bien conocidos y de los que reiteradamente hemos escrito: Pedraza de la Sierra, la villa segoviana de rancio abolengo, y el conquense Alarcón, ambos tan ejemplares en esos detalles de verdadera singularidad topográfica.

La importancia estratégica de Alhambra fue ya bien echada de ver por los primitivos pobladores peninsulares. Los romanos crearon allí la famosa *Anensemamarca*, una de sus plazas más importantes en toda la Oretania, cuartel general militar. Infinidad de lápidas con inscripciones de la época, aljibes abiertos en la dura roca y vestigios artísticos que vinieron descubriéndose en el decurso del tiempo nos lo prueban paladinamente. Lo que a este respecto era ya considerable caudal arqueológico acaba de incrementarse con los hallazgos recientes, efectuados en marzo de este mismo año, los cuales amplían el concepto que en tal sentido tenía de Alhambra, por lo que este pueblo ha de considerarse como importante estación de las épocas romana, ibero-romana y visigótica, en la que debió de existir una basilica sobre la necrópolis del siglo II de nuestra era. Allí han aparecido catorce tumbas, algunas de ellas de niños, y una con crismón, y en su interior, fibulas, hebillas de metal, cuentas de collar y dos anforillas, una de cerámica y otra de vidrio, magníficamente conservadas, junto con un fragmento de copa de cristal en cuyo interior aparece una materia líquida, que bien pudiera ser un lacrimatorio, todo ello amén de fustes de columnas graníticas, por lo que se advierte el interés que tendría que el Servicio de Excavaciones las prosiguiera en la finca llamada «El Rollo de la Poza», en que tales hallazgos de los siglos II al VI han tenido lugar. Ya Nicolás Antonio, Ceán Bermúdez y otros eruditos